

Tierra y Libertad

Barcelona, 10 de octubre de 1931

F. A. I.
SEMANARIO ANARQUISTA

Año II • Núm. 34 • 15 CÉNTIMOS



ACTUALIDAD

La libra por los suelos

Que la libra haya descendido como valor cotizante en el mercado, quiere decir que un capitalista español puede ahorrar quince mil pesetas al comprar un automóvil de marca inglesa y pagar en libras.

Quiere decir que se esconden el oro bajo siete llaves, o sea, que quienes lo poseen pierden la confianza en los gobernantes que sin poseerlo, tratan de mangonear las finanzas.

Quiere decir que esos papeles rectangulares y coloreados que se llaman billetes y se consideran, al decir de los zorros financieros, valores al portador y garantizados en oro, no son tales valores ni garantizan nada ni producen beneficios de ninguna clase ni se abonan al portador pobre ni tampoco quebrantan el stock oro cuando este se refiera o se refiera lindamente. Los billetes constituyen pues, la más gigantesca de las estafas si se lo propone el banco.

Quiere decir que si compramos en Londres un libro inglés que marca una libra por una libra cuando esta cae por los suelos, es porque el librero está distraído. El librero pone momentos después el libro de libra a dos libras y todavía agrega unos peniques porque todo está en crisis.

Quiere decir que las cuentas corrientes y los depósitos de los bancos son valores tan convencionales como los bancos mismos. A la hora de servir para algo, resulta que sirven para más de algo a los usuarios, para nada a los inocentes.

Quiere decir que la moneda no regula nada, sino que es regulada por la falta o sobre de níquel, de caucho, de lana, de petróleo, de trigo, de fletes, etc.

Quiere decir que las distintas economías de los países de influencia inglesa, empiezan a boicotear a Inglaterra; no lo habían hecho apenas y menos sistemáticamente como ahora. A consecuencia de ese boicoteo, los gustos de Inglaterra para sostener la flota no quedan compensados en la balanza correspondiente con ingresos usurarios.

Quiere decir que toda esa expectación de los periódicos es pura comedia porque quienes promueven la alarma son una punta de atracadores que lo poseen todo, aunque pase de unas a otras manos. La prueba hemos de verla pronto. España exportó cientos de toneladas de naranja a Inglaterra. Habrá ciertas restricciones para colocar la próxima cosecha, restricciones que los cosecheros de aquí no han notado siquiera, a pesar de la competencia permanente que en el terreno comercial representa en Londres la producción naranjera de Palestina, controlada por los ingleses. Pues bien; los cosecheros de Levante arrojarán la fruta al mar antes que venderla a precio relativamente inasequible y popular en España. El capitalista español, en cambio, el que, como decimos antes, adquiere un auto inglés, puede ahorrarse inmediatamente en el cambio unos miles de pesetas.

Miles de pesetas que recibe de menos el fabricante británico, claramente, pero que se reintegra con una ofensiva contra el horario y los salarios

Se reconcilian dos pistoleros

Estos días, todos habréis leído que Alfonso y Jaime de Borbón acaban de reconciliarse en la dulzura del destierro.

Ya se sabe de qué pie cojean esos dos facinerosos extremistas. Representan dos ramas de una familia. Dos ramas que se disputaban el poder a filo limpio y a puñalada sucia.

Porque reinara el padre del uno o el del otro, anuvieron los idiotas españoles a tiros. Las guerras dinásticas produjeron más de setenta mil muertos, y ahora resulta que esos muertos estaban haciendo el indio antes de morir, porque sus jefes, cuyos antecesores murieron todos en la cama, acaban de darse un abrazo.

Que aprendan los españoles con vocación de indio a no morir. Ya vea que sus jefes toman a broma después lo que hicieron los patriotas en un momento de borrachera.

Se jugaron la cabeza, y ahora, los rivales se dan un abrazo. Eso de jugarse la cabeza nos recuerda un sucedido.

Había un patriota que continuamente se jugaba algo; las calderillas que llevaba, un puro, el café, un duro en plata...

Cuando se le acababan las disponibilidades, se jugaba la cabeza.

—¿La cabeza te juegas?—le preguntó un día cierto contrincante.

—¡La cabeza!

—Yo también me la jugaré si la tuviera vacía como tú, porque nada iba a perder, aunque la perdiera.

Los españoles que se jugaban la cabeza por esos dos energúmenos, por esos dos pistoleros jubilados que acaban de reconciliarse en París, se parecían al patriota: jugábase algo sin valor, la testa desamueblada, vacía.

Por cierto que, según vemos sin escamalzarnos, apenas instaurado la República, concedió pasaporte por conducto de Lerroux para que el pistolero jubilado Jaime de Borbón entrara libremente en España. He aquí una legalidad que no pueden obtener nuestros queridos camaradas, los antifascistas italianos que se refugian en España. Ahora Jaime ha muerto en París, cansado de bolgar y rezar.

Lerroux tiene ganada por derecho propio la adhesión más ferviente de los caudillos monárquicos, de los elementos más reaccionarios de España. En las provincias sometidas de antiguo al caciquismo, ha pasado éste con sus hueates, y sin la más leve transición ni recato para disimular el caudismo, a la política ferrouxiista, con sus curules, civiles, propietarios, muñidores electorales, flamencos, colonos de procesión y perdonavidas. Un hombre así es monstruosamente natural que persiga a los antifascistas, aunque tengan documentos, y que *documente*, en cambio, a Jaime de Borbón para que venga a España. Le da ahora a Lerroux, sargento y nada más que ex sargento, por la figura, por la aristocracia, y una marquesa es capaz de sacarle hasta años de enclina, para revistar, como hará próximamente, los batallones fascistas.

El patetismo de Unamuno

Unamuno se cree el español más genial que existió jamás, después de Ignacio de Loyola, a quien alaba aquel siempre, venga o no a cuento.

Unamuno es un perturbado por el patetismo trágico de los Cristos con los brazos en posición de bonderillero y por el imperialismo místico. Ya se recordará que fusiló a Ferrer, al tiempo que alababa a Ignacio de Loyola. Ya se recordará que en París hizo un papel completamente mojado en el Club del Faubourg, discutiendo como un alcalde pedáneo y hablando un francés imposible de entender más que por los castellanos ignorantes en absoluto del idioma gallo. Allí le sacó del atolladero Píoche, echándole un cable y llevándose al desdichado Unamuno transido de ridículo.

Ser profesor en España, donde lo ha sido hasta Calleja, no creemos que constituya un timbre de gloria. Haber sido rector monárquico de Salamanca y haber intriguado como un albardero, hasta rastrear para poder visitar al rey, tampoco es cosa del otro jueves. Creerse un Leopardi o un Guerra Junqueiro al lanzar anatemas republicanos—de comité de harrida—, no merece que empadronemos a nadie en el Aréopago. Agarrarse a las mil pesetas mensuales del acta parlamentaria no parece un alarde de mística. Ser ahora rector marcelinista de Salamanca y a la vez presidente del Consejo de Instrucción, que no es nada más que una leonera de burocratas; dice poco en favor de un filósofo despreciable. Haber hecho ejercicios de retiro con los frailes significa una predisposición marcada al histrionismo. Escribir una veintena de libros que son gusaneras loyolascas y depósitos de dramatismo, un hombre que acaba por acaparar casi tantos cargos como Cordero, nos parece un exceso de suficiencia patética. Y haber sido despedido en tiempo de Primo, ya sabemos que estaba al alcance de todo el mundo. Si las figuras de la República son tan aprovechaditas como Unamuno, podemos empezar a reírnos del sentimiento trágico de la vida y hasta del sentimiento adherente de la burocracia.

Unamuno, que en el fondo es un contabilista y un cuentista, venía en sus días de falso insensato, de locura mística, paraje al de Juan de la Cruz, al de Teresa de Cepeda y al de aquel frailecillo; saltista, furibundo, escallido y fresco como un lechero que fue Juan de Loyola. Quiere ser Unamuno, como ellos, reformador de la vida religiosa interior y maestro de la juventud. Con más sentido propio, Unamuno hubiera podido ser un Lutero bilbaíno con bolna y chaleco cerrado; pero el bolarate de Primo endosó a Unamuno con una persecución indigna, y empezó el profesor a exaltar la maza civil, el Cristo de Velázquez, que *mure de pie y no acodado*, según Unamuno, como al Ferrer no hubiera muerto de pie, recibiendo por ello los alfileros del filósofo de caprote que unos cuantos nicelistas y unas cuantas hileras nos quieren hacer pasar por un genio. Cordero es un Cordero, pero como titular de enchufes es un verdadero tigre, según Ricardo Baroja. Unamuno es un genio de plantilla. Todas sus marrullerías, sus trabalganas, sus vocablos retorcidos

y manoseados como para hacer chistes, sus invocaciones y trenos, sus divertidas ocurrencias, aquello de *yo no vendo pan, sino levadura*, sus tratados de egolatría, que son los libros y artículos que firma, todo eso no es más que un engratamiento alocado, una conjugación extravagante: *yo estoy en la plantilla, usted no está en la plantilla...*

Un proceso de irritación mutua

Se observa en España un comodamiento mucho más abyecto que el de antes, porque interviene ahora la pedantería de caño nuevo. No estamos para bromas, dicen constantemente los bromistas republicanos, esos hombres a quienes Goethe calificaría de hipocondríacos y nada griegos.

No están para bromas y llevan un mes discutiendo una Constitución bromista, plagada de ramplonería, una Constitución que nadie cumplirá, ni siquiera los civiles.

No están para bromas y por ello cobran. A lo mejor, creen que el contribuyente español les paga en serio y voluntariamente. Si España no fuera bromista, arrastrarían esas monías, su vez de votar.

No están para bromas, y apenas se abre la sesión, empiezan los chistes.

Se trata de chistes metafísicos, como los de Ortega y Gasset, o de chistes lógicos, como los de Besteiro, o de chistes filológicos como los de Unamuno; siempre chistes. Si sus autores no creyeran que están salvando a España, serían tan tristes personajes como son, pero más divertidos. Ahora, no quieren bromas, están levantando a España, nos están reconstituyendo, nos declaran a su talante trabajadores o vagos, federables o no federables. ¡Es algo completamente grotesco, pero grotesco subido, lindante con la simplicidad grandulenta de Bertoldo. ¿Gente sería? Monías que se apoyan en monías, y sólo se disputan la libertad de molerlos a palos, si nos dejamos.

Combaten contra monías. Maciá luchó contra Lerroux y contra los socialistas de Besteiro. Ahora, están todos a porrir un piñón. Prieto asintió en San Sebastián a lo acordado en el pacto, y ahora está contra los otros jueguistas que fueron a distraerse a Donostia unas horas. Alcalá Zamora actúa de lubricante. Nocolan calla. Marcelino Domingo calla, ellos, que hablaban antes como ligado en brasas. Prieto va a ser llamado para que arregle la cuestión de la libra, en vista de sus éxitos en España. Se celebran reuniones de parlamentarios, y nadie sabe lo que se trata en ellas, para dar la razón, sin duda, a quienes afirman que el parlamentarismo representa un régimen de publicidad. Maura sostiene las prisiones gubernativas y las tercetoras como esencia y fundamento de la República. Largo Caballero recomienda a sus huéspedes de Zaragoza que protejan las procesiones del Pilar. Fernando de los Ríos sigue hablando de la *armonía impulsiva*, en función de la *soberanía tripurtila*. Y luego, creen en la seriedad de esa gente, en sus irritaciones de pedante bofo, en sus chistes verdes, en su falta absoluta de dignidad, de preparación y de interés, en sus disputas por el poder y el dinero, en sus santones como Ortega, más doctor que docto, tutor de la nueva generación pedante que está lanzando pretenciosos camellos germánicos hace unos años, con la imperturbable desenvoltura de un terruñista convicto y confeso.

¿Hay un estilo proletario?

La oratoria y el doctrinarismo escrito llegaron a España desde Alemania a través de Francia, por lo que respecta a la propaganda socialista autoritaria. Italia nutrió el nihilismo pestilento en lucha con la blanda paz de Tolstói.

También Nietzsche influyó en muchos caracteres, pero de manera artificial, porque los contagiados no tenían cantera temperamental adecuada, y recibían las palabras de la serpiente en un momento adecuado para reellar las del águila. Nietzsche y Vargas Vila no tienen la boca que tienen doce años atrás. Las águilas y las serpientes están bien disecadas.

El sindicalismo removió el fango literario socialista y lo secó a fuerza de vendaval, brío y nervio. Fue un momento magnífico, un resplandor vital que no tardó en desaparecer entre bocanadas de pesadéz clasista. Momento magnífico porque no tiene figuras ni héroes. Bien pronto los escritores del sindicalismo autosuficiente, principio y fin de sí mismo, empezaron a copiar la fraseología socialista de Angulano, el orador que repetía desesperadamente catorce veces lo mismo con palabras de nota ofiosa, cambiando los adjetivos por adverbios, y potenciando los puntos por montera. Cuando el escritor sindicalista imitaba a Angulano ya estaba preventivamente perdido. Y si a la imitación—a veces no directa ni procurada sino a través de otros imitadores—añadía unas gotas de Leone y de Sorel, la perdición era del todo irremediable. Y si a esas gotas añadía los conceptos literarios—no los auténticos—del humanismo griego y renacentista, era cosa de escapar corriendo para arrojarse al paso de un autobús.

Quedaban los abnegados y los sencillos sin contaminar. Los contaminados de clasismo que alardeaban de proletarios pero siempre estaban parados, empezaron a dar vueltas como veletas. El hecho de que en España no haya habido más que literatura socialista política de vía estrecha, les desesperaba yéndose a beber en fuentes de expresión republicana de batalla o de comité político plagado de humanismo convencional, exclamaciones jacobinas y noñez lamartiniana. Como contrapeso débil, hay que confesarlo, se movían estrechamente también, los que preferían lo que yo llamo estilo de cornucopia, cuyo representante es Ramón Magre, eternamente huilador y ferozmente tragón de malos estilos hasta el punto de no tener ninguno propio. Usa el estilo Luis XV en la última parte de *elijas adentro*, estilo declamatorio cuando convive con Corbó y el costumbrista peor de 1880 en otras ocasiones, reflejos del costumbrismo absurdo que campean sus imitados hoy. Le he contado diez o doce estilos más, que no vale la pena especificar. Es desagradable patentizar, no lo que hace el que como puede escribe, cosa respetable siempre, sino lo que hace el plumífero—romboque que no quiere ser él, bueno o malo, pero él.

¿Hay un estilo proletario? Este dilema es, en cambio, una de las mejores plumas del sindicalismo deudo del punto de vista de elaboración personal y directa de estilo, aunque con galicismos y citas de Averroes. Podrá escribir algo que no nos agrade, pero nunca hay que exigirle estructura clara ni reusar repeticiones ni cuestionos previos de forma, ni pedir un sujeción de las ni exceder una cerilla como al leer artículos de Peiró en los últimos cinco o seis años, artículos enroscados y pedrados como revisores de tren, como caletines agujereados, que ni queda el recurso de volverlos del revés. Respecto a

Pestaña limitémosnos a compadecer sinceramente a los linotipistas. Desde que tuvimos la debilidad de ir a presenciar el estreno de su obra *La Tierra* de cuyos personajes sólo tiene razón un cura, el anarquista de Tarrasa y yo estamos al cabo de la calle. Su libro sobre *Acción directa* es un sátrape que algún día comentaremos.

Los doctrinarios socialistas pueden defenderse diciendo que hacen lo que pueden y que no están obligados a más. ¡Donosa teoría, que desmolea en exentus y extrañezas de falsa modestia! La verdadera modestia consiste en no amontonar palabras en una composición sino en articularlas. La cultura para ello no requiere estudios universitarios, sino los que pueden adquirirse en un par de trimestres de modestia y estudio. Luego, la función mejora el órgano. La manera de no mejorarse consiste en creer que se escribe ya bien. Es verdad que la soltura no la dan las reglas, pero yo no me refiero a reglas gramaticales, porque hay profesores de gramática que no dicen nada, sino a las reglas de *inducción* a sí mismo antes de salir con una serie de barullos en cada párrafo, con incisos desproporcionados, redundancias y despropósitos cuyo inventario y desglose producirían medio trimestre de risa. Hay que escribir con la banera con que se habla. Lo contrario es simplemente pedantería.

La doctrina de clase, con el conceptismo espeso y barroco que se deriva del párrafo insulso, largo y grandioso de Castelar, no de la escuela, desnuda y vital expresión de Pl; el redondeo de sonsonete y balgullo que abraza los períodos inútilmente; la frase convencional *checha* y presuntuosa en vez de los *vocablos justos*; la manera sentenciosista, como de complacencia morbosa con el martirio; la fuga de anatemas en fila y seguidos, aplustando a toda la burguesía del universo con unas frases; la pedantería sin cura ni remedio; los citas y chascarrillos sin ton ni son; la falta de flexibilidad y cordura dialéctica; el olvido de los maestros anarquistas que reaccionan contra la literatura en todo caso, hacen del período sindicalista un confuso torrente de expresiones tan inútiles por regla general como el clasismo polifón de sus autores, confesado a través.

Terminaremos estas notas con un intento de interpretación de los escritos anarquistas.

GALATRAVESO

Los Pósitos se convirtieron en ladroneras

¿Se quiere ejemplo más patente y venenoso de la intrusión del Estado que lo ocurrido con los Pósitos? En principio fueron agrupaciones de campesinos, sociedades de apoyo mutuo que tenían la misión de aliviar al hombre. Cuando los Ayuntamientos—como meras delegaciones políticas de los gobernantes—la Iglesia y el Estado se dieron cuenta de que los Pósitos representaban una cuantiosa fuente de ingresos, empezó el saqueo pasando los Pósitos a constituirse legalmente presididos por la autoridad, convirtiéndose en fondo de repeltes para los mangoneadores de la cosa pública.

JULIO ANTONIO

La estatua de Julio Antonio estaba en la cárcel. Entendámonos. Las autoridades de Tarragona la habían recluido en un rincón del Ayuntamiento, y allí la guardaban. Desde uno de estos días pasados puede admirarse en la Hambla tarragonense.

El largo encierro se debió a imposición de la beatería, enemiga del limpio y casto desnudo artístico, pero muy amiga de obscenidades prostibularias.

Julio Antonio murió antes de los treinta años y sin embargo dejó obra suficiente para llenar un siglo. Es el único escultor inteligente que supo en su tiempo orientarse como un autodidacta. Podrá decirse que sus maestros fueron los clásicos y ello es verdad, en parte; sólo en parte. Su *Venus Mediterránea* nada tiene de clásica. Supera el canon griego y romano y en sentido muy distinto de *La Dama de Elche* es ibérica y profundamente fantástica.

Sus bustos de Julio Antonio depositados en el Museo Moderno de Madrid tienen el mismo dinamismo sensato, sin la frialdad clásica de estatuas orantes.

El escultor hubiera compensado con sus estatuas fuertes la insensatez escultórica de los subvencionados, medallados, consagrados y reconsegados, esos entes que están convirtiendo las plazas, calles y parques en cementerios de insufrible fealdad. Julio Antonio no quiso acudir nunca a esas ferias de vanidad que se llaman Exposiciones y se burló de la ayuda del Estado, el que murió de hambre mientras Benlliure y demás escultores de cámara amontonaban influencias, cintajos, cargos y millones.

Julio Antonio recorrió de mar a mar la tierra ibérica y se empapó de la variedad racial del pueblo. En vez de comprarse una chistera y acudir a las tertulias oficiosas, se compró un sombrero de labrador. Fue a estudiar al pueblo, a su entraña y raíz a su realidad expresiva y emocionadora. Y no tuvo que familiarizarse con el pueblo porque pueblo puro era él y de la bella cantera tarragonense. Quiso adentrarse en la vida del pueblo y también en su pasión y muerte.

El empeño era tan fuerte y decidido que rompió su corazón. Su corazón y un poco también el de quienes siempre le tuvieron por hermano.

Cuando estaba en la agonía, el poder oficial, los ministros y el mismo cretino coronado acudieron a rendirle homenaje. Iba a expirar como un héroe que se aleja con asco, silenciosamente. En aquellas horas patéticas veía el poder la huida forzosa de quien no puede ya seguir luchando porque se le abre el pecho, la posibilidad de que el héroe deje de estar, de atacar a los académicos y a los burocratas, la inminencia de una muerte que pone en paz a los filisteos. ¡Oh como pagó entonces el Estado la obra de su enemigo! Le pagó con refinamiento, con satisfacción. El pobre Julio no pudo comer apenas cuando trabajaba. Una vez destruido aquel pecho tan viril y noble recibió millones. El cadáver no pudo verlos. De volver a la vida hubiera arrojado el dinero a la cara de los filisteos y hubiera continuado con aquel ancho sombrero y aquella cara aguilana, abrazado al pueblo. Pasarán los siglos pero quedará la figura serena y la dignidad fuerte de Julio Antonio con la anargura digna que galaba aquella procesión de jóvenes que cubrieron el cadáver de flores.

Y vosotros, hombres que queréis ser fuertes y libres, aprended la lección de dignidad en la obra y en la conducta que os dió el escultor.

Le crearon los escritores, los burocratas, los supeditados, la aristocracia, pero él siempre se venía con nosotros y entre nosotros murió con ejemplar serenidad.

Desde el caudice más ruin al monarca echaban mano cuando les convenía para guerras y saqueos del grano acumulado en los Pósitos destinado a matar la usura y proveer a la necesidad elemental del pan sin carestía ni excese.

De los Pósitos se sacaron en 1782 cien millones de reales por iniciativa del aventurero Cabarrús para fundar el primer Banco español el de San Carlos que cambió este nombre por el de Banco de España, verdadero patlo de Monipodio como los Bancos de Crédito Agrícola, Sindicatos Agrícolas, Cajas Ruffelstein, Cotos Sociales o cazaderos y otras gaperas semejantes que desvirtúan el principio activo del Pósito y entregan las actividades agrarias a la más escandalosa de las usuras empujando al agricultor directo que no puede pagar los plazos, aperos, caso, yuntas y hasta la cosecha y la vida en vez de darle en paz para que mediante el seguro natural que es consecuencia, natural también, de la asociación sin burocratas que representaba el Pósito antes de consumarse la intrusión del Estado y derramarse la ineficacia de este en el Banco de Crédito Local, de Previsión e Instituciones comarcales de ahorro pensiones y seguros que constituyen verdaderos cazaderos para que los propietarios en déficit puedan vender sus fincas a precios elevados.